

Peter Burke
¿Qué es la Historia Cultural?
Editorial Paidós.
Barcelona, 2006, 169 págs.

Una pregunta recurrente durante los últimos años tiene ocasión de ser resuelta tras la elaboración de una breve pero consistente guía, dedicada al progreso que han tenido los Estudios Culturales, movimiento intelectual que ha pasado de tener un puñado de adeptos en ciertas universidades de Inglaterra, Francia y Norteamérica, a ser una verdadera escuela historiográfica y que, por cierto, ha suscitado una fructífera discusión sobre el modo en que se realiza la comprensión histórica.

La primera historia cultural que tendría sus orígenes a fines del siglo XIX, y que nació ligada a la historia del arte y la literatura, tuvo un redescubrimiento durante la década de 1970, esta vez, con la preocupación por aquella “producción social” de las clases populares, cuya “baja cultura” contrastaba con las grandes concepciones artísticas y filosóficas de la “alta cultura”. Aunque su de-

sarrollo no estuvo exento de debate, sobre todo al interior de las teorías marxistas, puesto que conceptos como “ideología” o “superestructura” fueron profundamente cuestionados al momento de plantearse la relación entre clases, en base a una dominación de tipo cultural infligida por los grupos dominantes a los subordinados.

Con todo, Burke cuestiona el concepto de “cultura popular”, por la dificultad que presenta definir quienes serían los miembros del “pueblo”, sin correr el riesgo de homogenizar las distintas expresiones sociales que quedan al margen del binomio “dominador/dominado”; así también es posible dudar sobre la autonomía de las diversas “subculturas” con respecto a las élites presentes en un período determinado. Por tanto, el autor coincide con el francés Roger Chartier sobre la idea de que resultaría prácticamente imposible etique-

tar como “populares” los objetos o las prácticas culturales, invitando al abandono de las rígidas “oposiciones binarias”, y así inscribirlas dentro de un marco más amplio.

Por otra parte el autor identifica un tercer momento de la historia cultural, cuya importancia estriba en la apertura al diálogo interdisciplinario entre la historia y las ciencias sociales, destacando obras como la de Max Weber, *La ética protestante y el Espíritu del capitalismo* como enriquecedores intentos por unir la sociología y la historia, con el fin de encontrar respuestas culturales a los procesos históricos. De la misma forma destaca el surgimiento de la “Antropología Histórica” influenciada por los trabajos de estudiosos como Clifford Geertz o Claude Levy-Strauss, quienes aportaron con su estudio de las “estructuras significativas y lingüísticas”; sin embargo, sería la definición de “cultura” entregada por la “Antropología Social”, y por cierto tan esquiva para los historiadores, la que se constituiría en la herramienta más útil para quienes se dedican a comprender no sólo las ideas, sino las “prácticas significativas” del pasado.

La reproducción de las metodologías antropológicas en la historiografía no sólo habría permitido el cuestionamiento de elementos nunca antes abordados por los historiadores, sino que también entregó fluidez a la comunicación entre ellos y los teóricos sociales, naciendo in-

signes creadores de discurso tales como Mijail Bajtin, Norbert Elías, Pierre Bourdieu o el controversial Michel Foucault, quienes han sido enarbolados como fuertes estandartes al momento de abordar empresas investigativas de índole cultural, su influencia se hecho sentir tanto en Europa como en Estados Unidos, y muy recientemente en Latinoamérica.

En el capítulo central titulado *¿Un nuevo Paradigma?*, el autor expone los matices que ha seguido la historia cultural, fruto del vaivén interdisciplinario, sobre todo desde la década de 1980, cuando surge la Nueva Historia Cultural (NHC) en Inglaterra; aunque no excluyente de las escuelas francesa y norteamericana ha sido protagonista en la evolución de conceptos como “mentalidad” que fue reemplazado por el de “representación” o “imaginario colectivo”, muy utilizado por las últimas generaciones de la escuela de los *Annales*, y aceptado por autores anglosajones. Burke, como representante de la NHC pone énfasis en las “prácticas” culturales, y por ende le interesa definir, de qué manera la experiencia humana no se limita al reflejo que los hombres tienen de su realidad, sino que los grupos sociales serían capaces de construirla mediante la “reutilización” de los elementos simbólicos, que se transmiten generación tras generación.

En ese sentido la “percepción” sería un proceso activo, más que un

reflejo que se descubre, y para ello utiliza el aporte de Foucault, quien sostiene que el “discurso” -entendido como “mensajes cargados de simbolismo”- sería una práctica que se construye. En definitiva, la configuración de lo cotidiano sería el resultado de un proceso de comunicación “dialéctica” entre los grupos sociales, por tanto la cultura no es una creación *ex novo*, sino que necesariamente un proceso de reapropiación de ideas y conductas, pensamiento que ha caracterizado los estudios acerca de las “conductas literarias” renacentistas, realizados por el propio Burke, y acogida también por historiadores franceses como Michel de Certeau y Roger Chartier.

En el apartado *Más allá del Giro Cultural*, Burke estudia la proyección del paradigma y su posible aplicación en el estudio de las prácticas

simbólicas a otros campos del acontecer humano, como por ejemplo a las prácticas políticas; asimismo analiza cuáles podrían ser los posibles alcances metodológicos, con el fin de evitar la fragmentación de los estudios culturales y así también los históricos.

Por último, reconoce que el gran logro de la Historia Cultural ha sido el demostrar las debilidades del vetusto enfoque positivista, convirtiéndose en un fragmento necesario de la “empresa histórica colectiva”, al igual que la historia económica, la política, la social e intelectual, y sea cual sea el futuro cuando termine la “moda cultural”, debería estar vedado el retorno a la literalidad.

ALEX OVALLE LETELIER
UNIVERSIDAD ANDRÉS BELLO.